

Re- seña



La función social de la historia, de Enrique Florescano, es un libro que amerita convertirse en una lectura básica dentro de los programas de estudio de educación media superior. Tal certeza no implica que nos encontremos ante un manual o un libro de divulgación en la materia. Por el contrario, la obra revela desde sus inicios un pormenorizado empeño documental, una ponderada reflexión y un exigente talante conceptual. El itinerario congrega a autores mexicanos y de otras culturas, despliega un alud de problemáticas asociadas al tema central y se ocupa de las facetas más variadas y sutiles.

No obstante, acaso por ese don de la claridad en la exposición que posee el autor, las más laberínticas disquisiciones parecen asuntos de nuestra competencia individual y numerosas aseveraciones se nos aparecen como si fuesen las propias. Estas cualidades

constatan su perseverancia para devolverle a la palabra su función original como arte de la conversación. El universitario y el humanista, el especialista en historia y el lector en general, naturalmente, gozarán también del trayecto.

“Quisiera que un día escribiera sobre lo que nos acaba de hablar, porque mis tías y mis abuelos también me contaron historias semejantes y ahora yo quisiera contárselas a mis nietos, pero las he olvidado”, le dice doña Marcela Montañó al historiador, luego de una charla sobre el tema que ofreció en Chilpancingo, en diciembre de 2010. Para entonces, Enrique Florescano ya había iniciado la escritura del manuscrito, que concluiría después.

En la primera parte y entre otros asuntos, Florescano encamina nuestra atención hacia la función social de la historia en la construcción de nuestra idea de identidad, que debe sustentarse tanto en la pluralidad de las voces y perspectivas como en el acercamiento a los otros, “extraños y remotos”, actitud a la que llama con pulcritud “ese oficio de la comprensión”, pues así nos damos cuenta de que vivimos en distintos espacios y tiempos históricos. Sea tribunal o maestra de la vida, asienta el historiador, la historia ha contribuido a nuestra actitud crítica para el entendimiento de la actualidad. Las vicisitudes del oficio, desde el registro de los anticuarios a la *ars historica*, así como las prácticas gremiales, institucionales y burocráticas por las que atraviesa la vida del estudioso, ameritan igualmente su atención, pues dejan constancia de su influencia en el cumplimiento de la función social del oficio.

En la segunda parte, Florescano coloca las guías acerca de la construcción historiográfica en cuanto tal, que son de gran valía para el aficionado a la lectura de temas históricos y para el profesional: la narrativa oral y la memoria escrita, el mito, el rito y la historia, la memoria colectiva, los entrecruzamientos entre la historia y la ficción. El autor también se ocupa de los desafíos y limitaciones en la realización de la vocación. Entre ellos, uno crucial, que aqueja no solo a México: “[...] en los programas académicos, en las instituciones dedicadas a la investigación y la formación de las nuevas generaciones y en los medios de información, el pasado ocupa un espacio cada vez más reducido, esquemático y banalizado. El presente, por el contrario, llena la mayor parte de los espacios educativos, científicos, técnicos, informativos y propagandísticos que forman la conciencia ciudadana y la opinión pública. Vivimos un presentismo globalizado [...]”.

En estos momentos aciagos que vive México, cuando el mal asedia nuestras circunstancias cotidianas y los jinetes del crimen galopan por doquier, lo levantado con gallardía por mexicanos honestos a lo largo de dos siglos de vida independiente parece tan frágil. La función social de la historia nos ayudaría a acercarnos otra vez a nuestro pasado, para que repasemos las enseñanzas que nos ha dado, y que tal pareciera hemos olvidado.

Gerardo Ochoa Sandy



Enrique Florescano,
La función social de la historia,
Fondo de Cultura Económica,
México, 2012.